

La ‘transición energética’ como lenguaje imperial y los negacionismos del Capitaloceno. Análisis y reflexiones a partir del Pacto Verde Europeo

Horacio Machado Aráoz

Investigador Independiente de CONICET (Argentina). Prof. De la Cátedra de Sociología II Fac. De Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca. Coord. Del Colectivo de Ecología Política del Sur en el Instituto Regional de Estudios Socioculturales (IRES-CONICET).

Leonardo Javier Rossi

Becario Postdoctoral de CONICET (Argentina). Integrante del Colectivo de Ecología Política del Sur en el Instituto Regional de Estudios Socioculturales (IRES-CONCET) ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/redc.106362>

Recibido: 18 de diciembre de 2025 • Aceptado: 14 de marzo de 2026.

Resumen: En el contexto de la gravedad de la crisis climática, este trabajo se propone realizar un análisis crítico del discurso de la “transición energética”, en tanto presunta alternativa realista y progresista frente al negacionismo fosilista asumido por una parte del bloque de poder económico y político mundial. Se analizan las políticas del Pacto Verde Europeo como caso paradigmático de la agenda de la “transición” y la “descarbonización”. Considerando sus objetivos y efectos, este planteo de “transición energética”, lejos de afrontar la raíz de la crisis climática, apunta a hacer de ésta un nuevo vector de competitividad económica y geopolítica, profundizando las asimetrías histórico-estructurales del sistema. Argumentamos sobre la necesidad de ampliar el análisis, desde su foco en la matriz energética, hacia la perspectiva más integral del patrón de poder y el régimen geosociometabólico de apropiación y disposición de la energía.

Palabras clave: Crisis climática; Negacionismos; Transición energética; Descarbonización; Colonialismo/ Capitaloceno.

^{EN} The ‘energy transition’ as imperial rhetoric and the denialism of the Capitalocene. An analysis and reflection based on the European Green Deal

Abstract: Against the backdrop of the severity of the climate crisis, this paper critically analyses the discourse surrounding the ‘energy transition’ as a supposedly realistic and progressive alternative to the denial of the need for action on climate change espoused by some in the global economic and political power bloc. The policies of the European Green Deal are analysed as a paradigmatic example of the ‘transition’ and ‘decarbonisation’ agenda. However, considering its objectives and effects, this ‘energy transition’ approach does not address the root causes of the climate crisis; rather, it aims to turn the crisis into a new vector of economic and geopolitical competitiveness, thereby deepening the historical and structural asymmetries of the system. We advocate broadening the analysis to encompass not only the energy matrix, but also the power structure and the geosociometabolic regime of energy appropriation and disposal.

Keywords: Climate crisis; Denialism; Energy transition; Decarbonisation; Colonialism/Capitalocene

^{FR} La «transition énergétique» comme langage impérial et les négationnismes du Capitalocène. Analyses et réflexions à partir du Pacte vert pour l’Europe

Resumé: Compte tenu de la gravité de la crise climatique, cet article propose une analyse critique du discours sur la «transition énergétique», présenté comme une alternative réaliste et progressiste face au déni des énergies fossiles adopté par une partie du bloc du pouvoir économique et politique mondial. Les

politiques du Pacte vert européen sont analysées comme un cas emblématique de l'agenda de la «transition» et de la «décarbonisation». Loin de s'attaquer à la racine de la crise climatique, cette approche vise à en faire un nouveau vecteur de compétitivité économique et géopolitique, en aggravant les asymétries historiques et structurelles du système. Nous défendons la nécessité d'élargir l'analyse en passant de l'accent mis sur le mix énergétique à une perspective plus globale du rapport de force et du régime géosociométrique d'appropriation et de disposition de l'énergie.

Mots-clés : Crise climatique; Dénialisme; Transition énergétique; Décarbonisation; Colonialisme/Capitalocène.

Sumario: 1. La crisis climática y los negacionismos del Capitaloceno. 2. El Pacto Verde Europeo, caso emblemático de colonialismo climático. 3. “Transición energética” y “descarbonización”, negacionismo imperialista. 4. Una exploración sobre el suelo duro de los negacionismos climáticos. 5. A modo de conclusión. La energía en el lenguaje imperial: del negacionismo fosilista al cinismo de la “transición”. 6. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Machado Aráoz, H. y Rossi, L.J. (2026), “La ‘transición energética’ como lenguaje imperial y los negacionismos del Capitaloceno. Análisis y reflexiones a partir del Pacto Verde Europeo”, en *Revista Española de Desarrollo y Cooperación (REDC)*, 53(1), pp. 5-17.

1. La crisis climática y los negacionismos del Capitaloceno

La Tierra ha ingresado en un proceso acelerado de calentamiento global (Marques, 2023). Esto es un hecho irrefutable; sus implicaciones geológicas, imprevisibles. Estamos ante un punto de inflexión histórica en la climatología de la Tierra ocupada por la especie *Homo*. Hasta el año 2000 nunca se había sobrepasado el umbral de 1,5°C respecto de los niveles del llamado “período pre-industrial”. El 2024 se ha situado 1,6°C por encima. La temperatura media anual fue de 15,10°C, esto es, 0,72°C arriba del promedio de las tres últimas décadas (1990–2020), lo que constituye hasta ahora el período más cálido desde que se tienen registros¹. Nos hallamos bajo un nuevo régimen climático (Latour, 2017), ante una *terra incógnita* (Steffen et al. 2011); una materialidad inédita para nuestra experiencia vital, incluso, amenazante para nuestra propia sobrevivencia.

Este novel calor geohistórico está desequilibrando los pilares fundamentales sobre los que se sostiene la dinámica simpoiética de la Biósfera (Vernadsky, 1926; Margulis, 1998). Está provocando una degradación acelerada de la habitabilidad de la Tierra. Estudios científicos consolidados advierten que “*para fines de este siglo, entre 3.000 y 6.000 millones de personas (aproximadamente entre un tercio y la mitad de la población mundial) podrían encontrarse confinadas más allá de la región habitable, enfrentando un calor extremo, una disponibilidad limitada de alimentos y tasas de mortalidad elevadas debido a los efectos del cambio climático*” (Ripple et al. 2023: 848).

Por lo menos desde hace más de medio siglo, se sabe fehacientemente que la actual perturbación climática obedece a la alteración en la composición química de la atmósfera provocada por la quema de combustibles fósiles (Schellnhuber, 1999; Crutzen y Stoermer, 2000; Crutzen, 2002). Desde el hallazgo de la bomba de Watt (1784), las concentraciones atmosféricas de CO₂ pasaron el límite holocénico de las 280 ppm hasta saltar a las más de 420 ppm de la actualidad. En virtud de tal conocimiento, los países del mundo bajo el marco de la ONU firmaron en Kioto (1997) un Convenio Marco con el objeto de reducir las emisiones de seis gases de efecto invernadero (GEI). Sin embargo, desde entonces, luego de tres décadas y treinta Cumbres, las emisiones anuales pasaron de 23,1 GT a 37,6 GT (2024) (IEA, 2025).

Pese a la acuciante gravedad de la crisis, a la vinculación evidente entre emisiones y metabolismo urbano-industrial, entre expansión de los indicadores económicos convencionales y carbonización de la atmósfera, los principales Estados, las grandes empresas y líderes mundiales, parecen empeñados en seguir el mismo rumbo (económico, social y político) que nos trajo hasta aquí, a los umbrales mismos de rompimiento de los límites planetarios (Rockström et al. 2009). Una parte de dichas élites, vinculadas al control y explotación de los combustibles fósiles, se niega rotundamente a reducir su quema. Otra parte, que se presenta como “climáticamente responsable”, progresista, abierta a la ciencia, impulsa propuestas que prometen reducir las emisiones, pero sin eliminar o restringir las perforaciones.

Frente a la negligencia manifiesta del bloque fosilista, en los últimos años se ha ido consolidando el bloque de la “transición energética” que se presenta como la única vía “racional”, “realista” y “posible” para afrontar la crisis climática. “Transición” alude a la sustitución de la actual matriz energética fósil por otra basada en energías llamadas “limpias” o “renovables”. Se trata de un discurso y un conjunto de políticas que básicamente consisten en la expansión acelerada de nuevas fuentes de energías “renovables”, las que permitirían sostener los actuales requerimientos energéticos del mundo contemporáneo, llegando al mismo tiempo al objetivo de una “economía net zero”, neutral en carbono.

Irónicamente, lo que se llama “energías renovables” refiere a mega-infraestructuras intensivas en minerales (IEA, 2021; Casal Lodeiro, 2023) que, además, son íntegramente dependientes de combustibles fósiles a lo largo de toda su cadena de montaje y operación (Carpintero y Nieto, 2021; De Castro, 2023; Riechmann,

¹ <https://wmo.int/es/media/news/la-organizacion-meteorologica-mundial-confirma-que-2024-fue-el-ano-mas-calido-jamas-registrado-al>

2023). A medida que se expanden los parques eólicos y fotovoltaicos, crecen también los socavones y el minado de suelos, el drenaje de cuerpos de aguas, las escombreras, el porte de maquinarias y camiones, las plantas de tratamiento, el flujo, los volúmenes y las distancias de los transportes. Crecen, en definitiva, los requerimientos energéticos y materiales. Y, por supuesto, las emisiones y todo tipo de efluentes.

En términos materiales, quienes dicen oponerse al negacionismo fósil, parecen negar la huella metabólica de las mal llamadas “energías renovables”. En el plano político, se hace caso omiso de que entre los principales impulsores de la “transición energética” se encuentren algunos de los estados más poderosos del Norte Global y grandes empresas transnacionales -muchas, ligadas a actividades directamente extractivistas, en particular, mineras, petroleras y del agronegocio-. Esto es, actores que no sólo son grandes contaminadores históricos y actuales, sino que tienen intereses estructurales ligados a la matriz fosilista que se dice querer reemplazar. También, se hace caso omiso de los patrones histórico-estructurales de apropiación diferencial de la energía como un elemento central del funcionamiento de la economía mundial y de qué implicaría esa “transición” en términos de las desigualdades energéticas existentes entre sectores sociales, al interior de cada país y entre las diferentes regiones del mundo.

Frente a semejantes omisiones de un planteo que se presenta como anti-negacionista, cabe preguntarse cuál sería su sustrato de realidad, su estatuto de veracidad. Sobre el negacionismo, más allá de su estricto sentido canónico², Jorge Riechmann (2020) lo ha señalado como un problema básico de la cultura dominante, definiéndolo como “*el problema de no ser capaces de responder adecuadamente a la crisis ecosocial*”. Distingue tres niveles, siendo el negacionismo del Holocausto el nivel cero y el climático, el nivel uno. El nivel dos es más amplio: “*niega que somos seres corporales finitos y vulnerables, seres que han puesto en marcha procesos destructivos sistémicos de magnitud planetaria y que hemos desbordado los límites biofísicos del planeta*”. Un tercer nivel de negacionismo es “*el que rechaza la gravedad real de la situación y confía en poder hallar todavía soluciones dentro del sistema, sin desafiar el capitalismo*” (Riechmann, 2020).

Siguiendo este planteo, se podría decir que el bloque de poder que se aferra a la “transición energética” correspondería a ese nivel más sutil de negacionismo que, independientemente de la gravedad que le atribuya a la crisis climática, pretende hallar las soluciones dentro del mismo sistema social que la engendró. Se trata de una postura muy afín a la noción de “realismo capitalista” de Mark Fisher (2016), que refiere a la conocida expresión atribuida a Jameson y a Žižek de que “*resultaría más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo*”. Dando por supuesto que cualquier planteo que involucre cambiar la propia base y formas capitalistas del modo de vida social dominante no resultaría “realista” ni “viable”, el campo de las opciones se restringe a *lo posible para el sistema*.

En esta perspectiva, proponemos pensar tanto el negacionismo explícito del bloque fosilista, como el negacionismo implícito de la “transición energética”, como variantes de los negacionismos del Capitaloceno (Altvater, 2014; Haraway, 2015; Moore, 2016; Malm, 2016; Fraser, 2021), que serían aquellos que se niegan a admitir que es el capitalismo el *evento geosocial* que ha provocado la alteración histórica de la termodinámica de la Tierra.

En lo que sigue, este texto se propone abrir un haz crítico-analítico sobre la “transición energética”, como una variante del lenguaje imperial sobre la energía. La consideramos una alternativa falsa y además engañosa, que se presenta como un “realismo” que busca compatibilizar “compromiso con el clima” con “crecimiento económico”. Pretende afrontar la crisis sin involucrar mudanzas significativas en el *modo de vida* que la desencadenó. Se podría discutir si esta vía de falsas soluciones es otra forma de negacionismo o es directamente un cinismo de los poderosos. En todo caso, consideramos relevante ocuparnos de su desensamblamiento porque entendemos que asumirla como la única alternativa ante el nihilismo fosilista, puede resultar igualmente temerario para el futuro de la especie. Con tal objetivo, nos focalizamos en el análisis del Pacto Verde Europeo (2019) considerándolo como caso emblemático, exponente de la estrategia geopolítica del núcleo histórico del poder imperial.

2. El Pacto Verde Europeo, caso emblemático de colonialismo climático

Puede decirse que la Unión Europea (UE) es la principal impulsora de la agenda global de la “transición energética”. Esa agenda se plasma en el Pacto Verde Europeo (PVE) que condensa los ejes centrales de su política energética y “climática”. A través de él, en contraste con las políticas de otras grandes potencias, la UE busca posicionarse como líder global en la “lucha contra el cambio climático”.

En un estudio comparativo entre Estados Unidos, la Unión Europea (UE) y China (responsables del 52% de las emisiones de carbono históricas), John Feffer y Edgardo Lander (2023), señalan que, entre 1990-2017, las emisiones mundiales aumentaron un 63%, pero mientras que la UE redujo sus emisiones en un 20%, Estados Unidos las redujo en un 0,4%, en tanto que China las incrementó en un 350%. En base a tales datos, plantean que “los países europeos se tomaron muy en serio el riesgo climático”, en tanto que “Estados Unidos fue cambiando de posición (...) dependiendo de la política del gobierno de turno” y China “siguió dando prioridad al crecimiento económico, argumentando su “derecho al desarrollo”” (Feffer y Lander, 2023: 104). Según ellos, “en este periplo [de la neutralidad en carbono], la UE avanza deprisa, Estados Unidos a trompicones y China todavía no ha dado un paso” (Feffer y Lander, 2023: 104).

Una de las claves de la “transición energética” es plantear una senda de crecimiento económico, pero ahora “carbono neutral”. Sin plantearse cambios significativos en el rumbo económico, la “transición” se

² Según el Diccionario de la Real Academia Española: “Actitud que consiste en la negación de determinadas realidades y hechos históricos o naturales relevantes, especialmente el holocausto”.

concibe como un cambio tecnológico, un salto evolutivo que permitiría preservar la forma de vida actual, sólo que encuadrada dentro de la “métrica del carbono” (Moreno et al. 2013). El PVE propone la “descarbonización” a futuro, pero no dice nada de las emisiones acumuladas hasta el presente. Se hace caso omiso de la responsabilidad histórica que le cabe a Europa en cuanto entidad geosocial desencadenante de la crisis climática.

Pues bien, no se puede negar que el ascenso de Europa como primera potencia mundial -industrial-militar- de la Era del capital se ha realizado a expensas de la “apropiación imperialista” de los bienes naturales y la fuerza de trabajo del resto del mundo (Hickel et al. 2022; Dorninger, 2023). El 65% de las emisiones de carbono entre 1800 y 1950 fueron producidas por Gran Bretaña (Fressoz, 2015). Pero esta cuenta es sólo una fracción de los impactos socioambientales acumulados de las incursiones imperialistas europeas desde el siglo XVI en adelante (Galeano, 1971; Gligo y Morello, 1980; Wolf, 1987; Crosby, 1972; Sloterdijk, 2015). La UE es uno de los principales causantes de las emisiones industriales totales y sus huellas de carbono per cápita están entre las más alta del mundo, sólo por debajo de Estados Unidos y países petroleros y casi al mismo nivel de China (Eurostat, 2022; Feffer y Lander, 2023).

Haciendo caso omiso de esto, el PVE hace de la “descarbonización” el emblema de sus objetivos. Lanzado en 2019, se propone llegar a ser el primer continente “neutro en emisiones” en 2050, con un presupuesto de un billón de euros destinado a financiar “inversiones sostenibles” durante diez años (InvestEU)³. En 2021 anunció el plan “Objetivo 55” que hacía legalmente vinculante para todos los estados miembros la “neutralidad climática” en 2050. Preveía aumentar la proporción de “energías renovables” al 40% del uso total de energía, adaptar 35 millones de edificios para incrementar su eficiencia energética y crear 160 mil nuevos empleos “verdes” en la construcción y la “agricultura ecológica”.

El PVE promete un “crecimiento económico desvinculado del uso de recursos” (Comisión Europea, 2020). Apuesta a la “descarbonización” vía mecanismos de mercado e innovación tecnológica, priorizando a las grandes empresas transnacionales de origen europeo como actor central de los cambios. De hecho, fueron las principales beneficiarias de la asignación masiva de fondos públicos⁴ destinados a subsidiar inversiones en grandes infraestructuras, electrificación, digitalización, reconversión industrial y reindustrialización con el pivote principal en la electromovilidad y -cada vez más- en la industria armamentística.

En materia de regulaciones y legislación, la UE sancionó el Mecanismo de Ajuste de Frontera por Carbono (MAFC) fijando aranceles diferenciales a productos importados con altos niveles de emisión. Dictó también la Ley de Materias Primas Críticas (EU 2024/1252) con el objeto de “reducir el riesgo de interrupción del suministro de materias primas críticas; mejorar la capacidad de la UE para controlar y responder a los riesgos de suministro; garantizar que las materias primas y los productos críticos puedan circular libremente por la UE”⁵. Por su parte, la Ley de industria de cero emisiones netas se propuso “atraer inversiones y ampliar la capacidad de fabricación de tecnologías limpias en la UE”, en referencia principalmente a infraestructuras de captación de fuentes eólicas y solares que “no liberen emisiones durante su funcionamiento”⁶. Finalmente, la estrategia del PVE tiene un componente decisivo en la firma de Tratados comerciales y de protección de inversiones celebrados y/o en gestión con diferentes países de América Latina y África, en su rol de proveedores de materias primas críticas (minerales) y/o de insumos energéticos “verdes” (hidrógeno).

Para Feffer y Lander (2023), el PVE representa una solución de compromiso entre raíces socialdemócratas y sus más recientes orientaciones neoliberales y evalúan que “por ambicioso que parezca sobre el papel, el PVE sigue siendo insuficiente. Poner en marcha esta iniciativa histórica podría ser una victoria” (Feffer y Lander, 2023: 107). Para Alfons Pérez (2024), en cambio, “el PVE es una apuesta dinámica, versátil, adaptativa y, sobre todo, contradictoria, competitiva, agresiva y beligerante”. En nuestro caso, entendemos que el análisis de sus instrumentos y metas pone en evidencia que la crisis climática no es el centro ni el fin de sus preocupaciones y objetivos. La apelación a la “responsabilidad climática” funciona, en todo caso, como cobertura ideológica de una estrategia de reposicionamiento estratégico (económico, militar y político) en un contexto de pérdida relativa de su status global, signado por el debilitamiento de su legitimidad interna y externa, y su dependencia y vulnerabilidad energética, económica y geopolítica.

En el PVE la “transición energética” y la “descarbonización” fungen como palancas de recuperación geoeconómica y geopolítica de un bloque de poder en declive. Principalmente, busca subsanar una vulnerabilidad histórico-estructural: dadas las restricciones geofísicas de su territorio y su densidad poblacional, sus niveles de consumo de materiales y energía no pueden ser abastecidos internamente. Como se dijo, esa brecha sociometabólica ha sido históricamente saldada vía su política colonial, con aprovisionamientos externos de fuentes y “recursos baratos” (Martínez Alier, 2002; Hornborg, 2012; Moore, 2021).

³ https://investeu.europa.eu/index_en

⁴ A los fondos InvestEU, le siguieron los NextGenEU (de 800 mil millones de euros para apoyar la reindustrialización verde y digital postpandemia), el REPowerUE, con fondos y medidas energéticas para afrontar la crisis de la guerra en Ucrania, y el Global Gateway (300 mil millones de euros para inversiones en infraestructuras de transporte y comunicaciones de rutas estratégicas de suministro).

⁵ <https://eur-lex.europa.eu/ES/legal-content/summary/a-secure-and-sustainable-supply-of-critical-raw-materials.html?fromSummary=24>

Esta norma que establece objetivos cuantitativos de abastecimiento interno: para el 2030, al menos el 10% de las materias primas anuales deben ser abastecidas internamente; un 40% del procesamiento debe realizarse en el mercado interno y un 25% se debe obtener del reciclaje; además, establece que ninguna materia prima considerada estratégica dependa en más del 65% de un solo proveedor.

⁶ https://commission.europa.eu/topics/competitiveness/green-deal-industrial-plan/net-zero-industry-act_es

En el contexto menguante de los combustibles fósiles convencionales y de presiones competitivas para adicionar otras fuentes y recursos, el PVE busca remediar tanto su vulnerabilidad respecto del abastecimiento de energía en general, como su condición de “importadora neta” respecto de las nuevas tecnologías de captura y transformación de fuentes eólicas y solares⁷. El carácter mineral-intensivo de estas nuevas tecnologías y fuentes energéticas profundiza su dependencia histórica y la sitúa en una posición de fuerte desventaja en la carrera por la apropiación de esas nuevas fronteras de aprovisionamiento (Pérez et al. 2023). “En un mundo en el que nuestros rivales controlan gran parte de los recursos que necesitamos, tenemos que tener un plan para asegurar nuestra cadena de suministros -desde los minerales esenciales hasta las baterías y la infraestructura de recarga...”, había afirmado Mario Draghi en la conferencia de presentación de su “Informe sobre el futuro de la competitividad europea”⁸.

Si en sus inicios el PVE todavía podría aparentar una apuesta por la “responsabilidad climática”, hoy queda claro que sus objetivos apuntan al reposicionamiento estratégico y la recuperación de rentabilidad y competitividad de su economía interna. De hecho, tras la invasión rusa a Ucrania, la UE reclasificó el gas y la energía nuclear como “energías limpias”, se produjeron reaperturas de centrales termoeléctricas alimentadas por carbón, incluso el gobierno alemán dispuso el desplazamiento de la aldea de Lützerath (Renania del Norte) para la expansión de una mina de lignito (un tipo de carbón de los más contaminantes), y se autorizó la construcción de nuevos reactores nucleares en Francia (Pérez, 2021; 2024).

Junto a las masivas inyecciones financieras y las regulaciones, los tratados comerciales y de inversiones impulsadas desde la UE con países de América Latina y África tienen el objeto de rediseñar los flujos de abastecimiento de materia y energía, reorganizar los procesos de trabajo y los mecanismos de apropiación de excedentes, a fin de asegurar el sociometabolismo del aparato industrial-militar europeo, en este nuevo contexto geológico y político. Reaseguramiento, reabastecimiento, re-industrialización, reforzamiento de las fronteras, son medidas que se dan todas bajo la lógica y la coordinación de la militarización. La industria de la guerra es la piedra basal. De la seguridad energética. De la competitividad. De la rentabilidad. Y de la “descarbonización”. La política verde de la UE es cada vez más nítidamente, el de un capitalismo verde-militar⁹ (Hernández Zubizarreta y Ramírez, 2024; Urbán y Pastor, 2024).

En ese proceso interno de re-industrialización/re-militarización, el Acuerdo UE-Mercosur, iniciativas como la plataforma H2LAC en América Latina, y DESERTEC en África, son medidas fundamentales para “descarbonizar” Europa, vía una reactualización de las asimetrías coloniales (Pérez et al. 2023; Dietz, 2023; Hamouchène, 2023; Haag et al. 2025): extraen minerales, aguas y suelos de ultramar; destruyen territorios vivos enteros y sustraen los medios de vida de poblaciones lejanas para abastecer de “energía limpia” al interior de sus fronteras-fortaleza. Por sus aduanas ingresan cargamentos de hidrógeno verde; toneladas y toneladas de cobre, litio, cobalto, níquel, tierras raras; aguas, energías y fuerza de trabajo humana y más que humana insumida en procesos extractivos. No ingresan las escombreras ni los diques de colas, las emisiones de CO₂ de los desmontes y de los combustibles fósiles que queman las maquinarias y los camiones de la minería, ni los de las fundiciones y procesos intermedios de poco valor agregado. Las emisiones y los cuerpos -los cuerpos racializados y sucios de trabajo-, quedan afuera. Sólo ingresa pura energía; energía “limpia”.

3. “Transición energética” y “descarbonización”, negacionismo imperialista

La noción de “transición energética” fue públicamente acuñada por primera vez, por el presidente norteamericano Jimmy Carter, tras la primera gran crisis energética mundial de 1970. Se trataba básicamente de un plan para diversificar las fuentes de energía y reasegurar la cadena de suministros, a fin de reducir la dependencia petrolera de los Estados Unidos. En 1981, la noción es retomada por las Naciones Unidas en el sentido de propender a la “seguridad energética”, en un escenario de conflictividad creciente por su “escasez” (Azamar Alonso, 2022). En estas formulaciones originarias, el sesgo imperialista es indisimulable. La energía es tratada como insumo estratégico para la supremacía geoeconómica y geopolítica.

Hay que considerar que el petróleo fue el combustible que alimentó el complejo militar-industrial sobre el que se asentó el modelo de “bienestar” de “posguerra”. En 1910 sólo representaba el 5% de la energía mundial y llega al 50% en 1970 (Fernández Durán y González Reyes, 2021). Sólo entre 1945 y 1976, la extracción de petróleo se incrementó en un 700% (Pobodnik, 2006). Ese salto exponencial está indisolublemente ligado al *Welfare State* en tanto constructo derivado del *Warfare State*, que lo precede y lo contiene en todos sus términos. Es el aparato militar-industrial de la posguerra (Guerra Fría incluida) la maquinaria que detonó la

⁷ En 2021 el 55% de la energía total de la UE provenía del exterior y un porcentaje equivalente en relación a los minerales. Una cuarta parte de los automóviles y las baterías y casi la totalidad de los módulos fotovoltaicos y de celdas de combustibles son importados de China (Pérez, 2024).

⁸ <https://geopolitique.eu/en/2024/04/16/radical-change-is-what-is-needed/>

⁹ La recuperación del aparato productivo, de las capacidades tecnológicas e industriales de la UE va de la mano de la promoción y el fortalecimiento de la industria militar y armamentística, en el marco de la OTAN y más allá de la misma. El presupuesto militar europeo se ha triplicado en las dos últimas décadas; al inicio de la guerra ruso-ucraniana, equivalía a cuatro veces el de Rusia. Tras la guerra de inmediato, se asignó un fondo de 500 millones de euros en ayuda militar a Ucrania y se dispuso el incremento del gasto militar directo al 2% del PBI, el mayor salto desde 1945. Entre 2020 y 2024 las importaciones de armas de la UE aumentaron un 105%, en gran medida abastecido por Estados Unidos. De allí que el Informe Draghi subraya la necesidad de sustituir importaciones vía la reindustrialización armamentística: plantea como objetivo al 2030 que el 50% de las compras militares se realice fronteras adentro y un incremento de la inversión en la industria armamentística al 5% del PBI (Urbán y Pastor, 2024).

“Gran Aceleración”, la fase donde se emitieron 3 de cada 4 partículas de CO₂ “antropogénico” en la historia, llevando su concentración atmosférica, de 310 ppm en 1950, a 380 ppm en 2000 (Steffen et al. 2011).

En la actualidad, como en su contexto de enunciación original, “transición energética” resuena a reacomodamientos geopolíticos, a escasez geoeconómica y a tensiones y pretensiones imperialistas. En las cumbres del poder mundial -para los actores que se lo disputan-, la energía es, eminentemente, una cuestión de seguridad y de competitividad. Como en los 70, quienes hoy impulsan la “transición energética” son quienes más energía queman y más contaminan; quienes más necesitados están de apropiarse de proporciones crecientes de energía y de recursos escaseados, para sostener sus posiciones de poder y privilegios. Estamos ante una operación ideológico-discursiva en la que estados y grandes corporaciones se sienten cómodos, avanzando en sus planes de expansionismo energético, ahora bajo un presunto sello de “responsabilidad climática”.

Jean-Baptiste Fressoz (2024) habla del “mito de la transición energética” para resaltar que nunca ha habido, en la historia moderna, una transición energética, si por ésta se entiende una sustitución total o muy significativa de una fuente primaria por otra. Lo que ha habido es un proceso sucesivo y creciente de adición de nuevas fuentes, sin reemplazo de las anteriores. De hecho, por el contrario, la irrupción de una nueva fuente “dominante” ha conllevado inclusive un incremento de los volúmenes físicos absolutos de consumo energético de las fuentes precedentes: *“así, por ejemplo, el carbón fue crucial para producir todo el acero que hizo necesario la economía basada en el petróleo. Y, a su vez, el carbón depende de la madera: el Reino Unido consumió más madera de carpintería en 1900 de la que quemó en 1800”* (Fressoz, 2024a). En lugar de “transición”, Fressoz propone hablar de una *“simbiosis energética”*, un proceso acumulativo dado por *“un entrelazamiento mucho más marcado de las distintas fuentes de energía”*, donde el consumo acumulativo de todas se incrementa exponencialmente.

Al “mito de la transición energética” se ha sumado el de la “descarbonización”, como bucle tecnocrático más específico que viene a instalar un presunto horizonte de eliminación y/o reducción de emisiones en un futuro cercano. Breno Bringel y Maristella Svampa (2023) han propuesto la noción de “Consenso de la Descarbonización” (CD) para caracterizar la etapa actual del capitalismo global, señalando que se trata de *“un acuerdo global que apuesta por el cambio de la matriz energética basada en los combustibles fósiles a otra sin (o con reducidas) emisiones de carbono asentado en las energías renovables”* (Bringel y Svampa, 2023: 53). En el núcleo de su análisis, los autores plantean que el CD “propone un tipo de transición basada en una lógica fundamentalmente mercantil”; “está marcado por el imperialismo ecológico y el colonialismo verde. Moviliza no sólo prácticas sino también un imaginario neocolonial (...) para justificar el expansionismo territorial para la inversión en energías ‘verdes’” (Bringel y Svampa, 2023: 57). El análisis marca con claridad y precisión el fondo de la cuestión. Sin embargo, el nombre dado a esta etapa puede resultar un tanto confuso y poco consistente en sus implicaciones empíricas.

En primer lugar, lejos de un “acuerdo” generalizado sobre el programa de la “descarbonización”, lo que se verifica en la realidad objetiva del escenario geopolítico contemporáneo, es una exacerbación de las tensiones y contradicciones entre estados y bloques de poder; entre grandes corporaciones y fracciones del capital. Más que una ruta homogénea, predominan marchas y contramarchas en las políticas energéticas de los sucesivos gobiernos, incluso en función de situaciones coyunturales (como las reacciones frente a la pandemia o la guerra en Ucrania).

Helen Thompson (2022) habla de “desorden” y de “tiempos duros” signados por grandes contradicciones y enfrentamientos latentes y potenciales. Para ella, más que un escenario consensual y estable de políticas, estaríamos atravesando un momento muy caótico, caracterizado por el entrelazamiento, las superposiciones y tensiones emergentes de la co-existencia entre la vieja geopolítica de los combustibles fósiles y la nueva geopolítica de las (mal)llamadas energías “verdes” (Thompson, 2022; Lumet, 2023).

Tampoco se verifica una aceptación generalizada de las recetas de la llamada “descarbonización” como tendencia dominante a seguir. Al contrario, en todo caso, el único consenso realmente existente es precisamente que “no hay voluntad política” para una reducción efectiva de los combustibles fósiles, mucho menos para su eliminación (Thielges, 2023). De facto, el único punto en común que pareciera existir a nivel energético, entre potencias, estados en general y grandes corporaciones, es el de echar mano a todas y cualesquiera de las fuentes y formas de energía que les brinde algún tipo de ventaja en términos de costos, de seguridad y de competitividad para sostener sus respectivas posiciones de poder y sus planes de crecimiento/expansión, tanto en términos geopolíticos como geoeconómicos.

Como consecuencia de esas políticas energéticas realmente vigentes y de sus resultados constatables, es claro que no hay “descarbonización”, en ningún sentido material verificable. Todo lo contrario. Lo que se verifica en realidad, a nivel de la composición química de la atmósfera, es un proceso de *re-carbonización*: de aceleración de la tasa de emisiones, de incremento en el volumen absoluto de las emisiones y de sus concentraciones atmosféricas. La recarbonización acontece no sólo por la continuidad de las políticas fosilistas; también se retroalimenta de la expansión de las mega-infraestructuras de captación de energías solares y eólicas, que son altamente dependientes de recursos fósiles en toda su cadena de montaje. A medida que se expanden, demandan un incremento exponencial de la extracción de minerales, de quema de combustibles fósiles y de emisiones de GEI (Carpintero y Nieto, 2021; Valero et al. 2021; De Castro, 2023).

La curva de evolución de las emisiones es contundente (Figura 1). Las emisiones globales no cesan de incrementarse. El único año en el que se verificó una reducción fue durante la pandemia, bajando de 36,3 GT (2019) a 34,5 GT (2020). Ya, al año siguiente, con la “vuelta a la normalidad”, se superó la marca previa y continuó aumentando en 2,5 GT anuales acumulativos.

Las emisiones aumentan inexorablemente a la par del consumo energético mundial. Según la Agencia Internacional de Energía (IEA), se verifica un aumento del consumo de todas las fuentes de energía. En el 2024, se batió un récord en la generación de energía “renovable”, llegando a cubrir el 70% de la nueva demanda eléctrica. Al mismo tiempo, se incrementó el consumo de combustibles fósiles y se logró un nuevo máximo histórico en las emisiones globales anuales (IEA, 2025). Por otro lado, los propios planes de reducción de emisiones (NDC, Contribuciones a Nivel Nacional) que los estados integrantes del Acuerdo de París presentan para ajustarse a la meta global en el 2030, implican, no un descenso, sino un incremento de las emisiones globales. Incluso si todos los países cumplieran taxativamente con sus NDC, las emisiones globales en 2030 se incrementarían entre un piso de 15,9% y hasta un eventual 19,3% (ONU, 2021).

En definitiva, en el campo actual de la política energética mundial, no hay “consenso”. Tampoco hay un “cambio de la matriz energética fósil” por otra basada en las “renovables”. Y por supuesto, mucho menos, hay nada que se parezca a “descarbonización”. Lo que hay efectivamente es una dinámica de competitividad exacerbada entre grandes actores estatales y corporativos, entrelazados en complejas tensiones de alianzas y pujas por la *apropiación energética diferencial*, sin ningún tipo de mecanismos institucionales de generación de acuerdos ni resolución de controversias. Como efecto sistémico de tales disputas, lo que resulta es, de facto, una intensificación del consumo de todas las energías, en cualesquiera de sus fuentes y vectores, y con ello, consecuentemente, el incremento general del volumen de emisiones globales. Un efecto sistémico de re-carbonización.

Estamos entonces, en materia de energías “verdes” y políticas climáticas, ante un complejo ideológico, una tecnología semiótico-política orientada a legitimar el régimen oligárquico de poder tecnoburocrático que, de facto, gobierna el mundo. La falacia de la “descarbonización” se pliega al de la “transición energética”. Ambas, a su vez, se montan y reafirman en otras tantas falacias inherentes a la economía imperial: el de la “desmaterialización” de la economía (Carpintero, 2002; Infante Amate, 2014; Haberl et al. 2020; Hickel y Kallis, 2020) y el de la “descarbonización del PBI” (Turriel, 2020; Nieto et al. 2020); el de la “sustitución plena” de fuentes fósiles por “renovables” (Seibert y Rees, 2021; De Castro, 2023) y el del carácter “limpio” y “carbono cero” de las mal llamadas “energías renovables” (Casal Lodeiro, 2023; 2024).

Este complejo ideológico expresa la infraestructura tecno-discursiva del *imperialismo negacionista*: tanto el del *negacionismo fósil*, como el de las *falsas soluciones* que ofrece la “transición energética”. Tanto uno como otro sólo expresan diferentes estrategias ante un mismo objetivo: el de recuperar, mantener o acrecentar su posición geopolítica de poder político y privilegios económicos en base al control y capacidad de disposición diferencial de los flujos y volúmenes energéticos geosociales disponibles. Lo que niega u ocluye el imperialismo es que la condición de supremacía no responde a ningún tipo de “superioridad”, sino a procesos histórico-políticos de dominación y explotación; materialmente, en concreto, apropiación y explotación diferencial de la energía en sus dos fuentes primordiales: *tierra y trabajo* (Marx, 1867; Machado Aráoz, 2016). Se pretende ocluir que la dominación política (y los derivados privilegios económicos) se erige sobre un suelo histórico-material de concentración y apropiación diferencial de las energías vitales de la Tierra.

Tanto quienes siguen neciamente la senda suicida del fosilismo, como quienes adoptan cínicamente el pseudo-solucionismo de la “transición”, están embarcados en una disputa inter-imperialista por la apropiación diferencial de la energía que combustiona una carrera de expansionismo energético, profundización del despojo y amplificación de los desequilibrios geometa-bólicos del planeta. En ambos casos, lo que realmente se busca salvar no es el clima, sino *el modo de vida imperial* (Brand y Wissen, 2021), que es la raíz de fondo de la crítica perturbación contemporánea de la Biósfera.

Frente a la versión descarnada del negacionismo fósil de las derechas, el bloque de la “transición energética”, sólo supone una reconversión tecnológica de las viejas asimetrías coloniales. Las nuevas infraestructuras de captación de flujos solares y eólicos son otra versión de “tecnologías imperiales”, explícitamente diseñadas para sostener y “extender un modo de vida basado en la expropiación imperialista” (Almazán y Riechmann, 2023: 07).

4. Una exploración sobre el suelo duro de los negacionismos climáticos

De acuerdo a Sonja Thielges (2023) “el punto ciego de la política climática” es, hasta ahora, la imposibilidad fáctica de una reducción drástica de los combustibles fósiles. Carpintero y Nieto (2021) señalan que no hay modo de reducir las emisiones sin reducir las extracciones¹⁰. Y no se puede reducir las extracciones sin renunciar al “modo de vida imperial”.

Esto revela la crisis climática como crisis civilizatoria; como crisis del modelo civilizatorio del capital. No se trata apenas de la matriz fosilista sobre la que ha tenido lugar el despliegue hipertrófico del capitalismo en su fase ulterior. Hablamos de un *modo de vida* hegemónicamente mundializado como “modelo de desarrollo” y paradigma de “bienestar” que hace de la apropiación oligárquica de la energía la base de su poder imperialista sobre el mundo y el sustento de sus privilegiadas condiciones materiales de existencia (Machado et al. 2025).

Más allá de las tecnologías y de las fuentes primarias de energía, más allá de las respectivas huellas ecológicas de los fósiles y las “renovables”, el problema de fondo radica en el patrón de poder (*sensu* Quijano,

¹⁰ Se ha estimado que, para mantenerse dentro del límite de bioseguridad climática de 1,5°C en 2050, sería necesario dejar en el subsuelo, sin extraer, el 60% de las reservas de gas y petróleo y el 90% de las reservas de carbón (Welsby et al., 2021).

2000) que dispone hegemónicamente del caudal mayoritario de los flujos y fuentes energéticas geológica y socialmente disponibles, y en los criterios de uso y asignación en función de los cuales dicho patrón de poder rige el proceso general de apropiación, transformación y consumo energético que sustenta la (forma dominante de) vida social en su conjunto.

En tal sentido, los negacionismos climáticos se niegan a reconocer que el “modo de vida imperial” requiere y exige -como condición de posibilidad- la constitución de una región colonial de aprovisionamiento; una zona de sacrificio. Se pretende negar los orígenes coloniales del capitalismo y al colonialismo mismo en cuanto fenómeno eminentemente energético que hace materialmente posible la dinámica de la acumulación capitalista global. En términos ecológico-políticos, colonialismo implica que minorías sociales concentran los medios de poder y construyen zonas y condiciones de privilegio a costa de la apropiación asimétrica de las energías vitales y de la continua ampliación de las brechas de desigualdad energética-vital entre poblaciones/territorios atravesados y clasificados por vectores de raza, clase y género.

No se puede soslayar que “*el descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, la esclavización y el soterramiento en las minas de la población aborígen, la conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de África en un coto reservado para la caza comercial de pieles negras*” son hechos que marcan “*los albores de la era de la producción capitalista*” (Marx, 1977: 843-844). Originariamente, tales acontecimientos implicaron un *mega-evento de apropiación y trasvasamiento intercontinental de energías vitales*, extraídas y saqueadas desde determinadas territorialidades agroindustriales hacia puntos de destino mercantiles que comenzaban a fungir como epicentros geopolíticos y económicos del sistema-mundo (Wallerstein, 1974). Pero más allá de su impacto inmediato, en términos histórico-estructurales, la “llamada acumulación primitiva” significa la *instauración fundacional de una estructura permanente de apropiación y disposición oligárquica de las energías vitales de la tierra* -extraídas desde comunidades bióticas subalternizadas- para ser reducidas e insumidas como recurso y medio de producción de toda la maquinaria industrial-mercantil y de guerra del capitalismo en tanto formación geosocial emergente.

En tal sentido, la invasión, conquista y colonización de la entidad “América” implica la estructuración de un nuevo patrón de poder global sobre las energías terráqueas. Es el momento fundacional del régimen energético del capital -por tanto, de los orígenes del Capitaloceno (Machado Aráoz, 2022; 2026). Hemos caracterizado este nuevo régimen (Machado Aráoz et al. 2025) como un sistema que, desde el punto de vista físico, opera el desplazamiento desde economías basadas en energía de flujos hacia un modo histórico de producción estructuralmente dependiente del consumo de stocks geológicos de energía (Georgescu-Roegen, 1971; Commoner, 1977).

En términos socioeconómicos, se caracteriza por el trasvasamiento sistemático de los flujos hidro-minero-energéticos desde los circuitos centrados en la producción de valores de uso, hacia cadenas de producción orientadas al valor de cambio y regidas por el imperativo del lucro máximo. Esto supone un cambio en la energía motivacional de los sujetos que deciden sobre el proceso económico: “la motivación de la subsistencia pasa a ser sustituida por la motivación de la ganancia” (Polanyi, 2007: 90). Por consiguiente, la asignación de la energía se abstrae y se desentiende progresivamente de la producción de habitabilidad y de las necesidades vitales de las poblaciones, y pasa a invertirse prioritariamente en áreas de mayor rentabilidad.

El redireccionamiento de los flujos energéticos del destino económico de la subsistencia hacia el de la rentabilidad tiene importantes consecuencias. En primer término, involucra que se incrementan -y cada vez más, exponencialmente- los requerimientos energéticos exosomáticos. Proporcionalmente, la energía que circula por organismos vivos y procesos biogeoquímicos es decreciente respecto de la energía insumida por máquinas y complejos maquinicos. Así, se incrementa la entropía sistémica y se reduce la energía metabólica disponible para la vida. En segundo lugar, mientras que la finalidad de la subsistencia provee un límite social regulatorio a los requerimientos energéticos reales y potenciales, la lógica abstracta de la rentabilidad supone un horizonte infinito, de requerimientos y consumos crecientes, axiomáticamente de crecimiento ilimitado.

En términos decisivamente políticos, el régimen energético del capital se caracteriza por una férrea estructura oligárquica que concentra el poder de disposición y explotación de la energía de la tierra y de los cuerpos todos (los cuerpos minerales, vegetales, animales -humanos, incluidos-, los cuerpos de agua y de aire). Bajo la lógica del capital, la energía -y con ella, la vida toda- queda sujeta a un nuevo patrón de poder que se institucionaliza en una estructura vertical, tecno-burocrática, de doble comando estatal-corporativo (Meiksins Wood, 2000).

Sobre ese complejo andamiaje institucional se conforma el capitalismo en cuanto *régimen oligárquico-energívoro*. Lo de oligárquico define un sistema que “*concede a la clase de capitalistas licencia para extraer materias primas, generar energía, determinar el uso de la tierra, diseñar sistemas alimentarios, bio-explorar principios medicinales y desechar residuos, cediéndoles el control sobre el aire y el agua, el suelo y los minerales, la flora y la fauna, los bosques y los océanos, la atmósfera y el clima*” (Fraser, 2021:110). En un marco de competencia sistémica, esta estructura oligárquica de doble comando desencadena una *dinámica energívora*: dispone de la energía como mero “recurso estratégico” para alimentar la dinámica incesante de acumulación y concentración; mercantilización y militarización. Instituye el dogma ideológico del crecimiento perpetuo como sentido y fin de las sociedades humanas (Georgescu-Roegen, 1975; Daly, 1996; Naredo, 2006).

Así, el régimen energético del capital supone (e impone) una espiral siempre ascendente de consumo energético. A lo largo de los diferentes regímenes históricos de acumulación, del siglo XVI al XXI, desde el

originario capitalismo colonial-mercantilista al capitalismo neoliberal, cada una de esas nuevas fases de mundialización/acumulación ha involucrado saltos energéticos -y de consumo de materiales- logrados a través de la adición de nuevas fuentes de energía, en simbiosis con las precedentes. En esa “espiral de la energía” (Fernández Durán y González Reyes, 2021), los volúmenes totales del consumo energético no han parado de incrementarse a costa de la apertura forzada de nuevas fronteras de mercantilización (Moore, 2013; 2021) y la intensificación del extractivismo como función geomatabólica del capital (Machado Aráoz, 2015).

Desde sus orígenes hasta el presente, el “modo de vida imperial” se ha sostenido materialmente, geopolíticamente, a través de la “termodinámica del imperialismo” (Hornborg, 1992 y 2001), un esquema de transferencia sistemática de materia y energía desde las zonas coloniales a los centros imperiales de acumulación a través de mecanismos geo-estructurales como las tecnologías globalizadas, las infraestructuras socioespaciales de gran escala, los sistemas de transporte y conectividad que organizan la división colonial de la tierra y el trabajo. Hoy, la termodinámica del imperialismo juega el juego de la “descarbonización”.

5. A modo de conclusión. La energía en el lenguaje imperial: del negacionismo fosilista al cinismo de la “transición”

En pleno siglo XXI, tras el desarrollo hipertrófico y ultra-tecnologizado de las sociedades urbano-industriales modernas, la especie humana se halla más dependiente que nunca antes en su historia, de los vaivenes del clima. La crisis climática no es un “efecto colateral” ni una consecuencia imprevista del “progreso humano”. Desde una perspectiva estricta y rigurosamente científica no hay cómo soslayar el hecho de que es el capitalismo la verdadera razón social y fuerza material de fondo que ha afectado el clima (Alvater, 2014; Haraway, 2015; Moore, 2016; Malm, 2016; Fraser, 2021). Surgido como una emergencia social contingente de una dinámica de apropiación violenta y de creación y acumulación en principio irrefrenable de valor abstracto, es ese sistema social expansionista, de inconmensurables fuerzas productivas/destructivas, el que ha terminado afectando las regularidades climáticas del Holoceno y está degradando la habitabilidad de la Tierra.

El capitalismo nace del colonialismo y éste es el suelo material del “modo de vida imperial”. Para el amplio espectro del arco político-ideológico de las élites dominantes -conservadores y progresistas, de derechas y de izquierdas, del Norte y del Sur-, tal “modo de vida” se presenta como Modelo/Proyecto Civilizatorio “único”, “universal”, “superior”. Mayoritariamente, hegemónicamente, se considera que “salir del capitalismo” sería una vía inevitable de regresión hacia “estadios primitivos”. Así opera la “colonialidad del poder” (Quijano, 2000). Siendo un proyecto civilizatorio que se ha convertido en una amenaza de extinción para muchas especies (incluida la humana), el capitalismo se erige al mismo tiempo como un sistema culturalmente monopólico, que busca instalar la imposibilidad de pensar la vida civilizada fuera o más allá del capital.

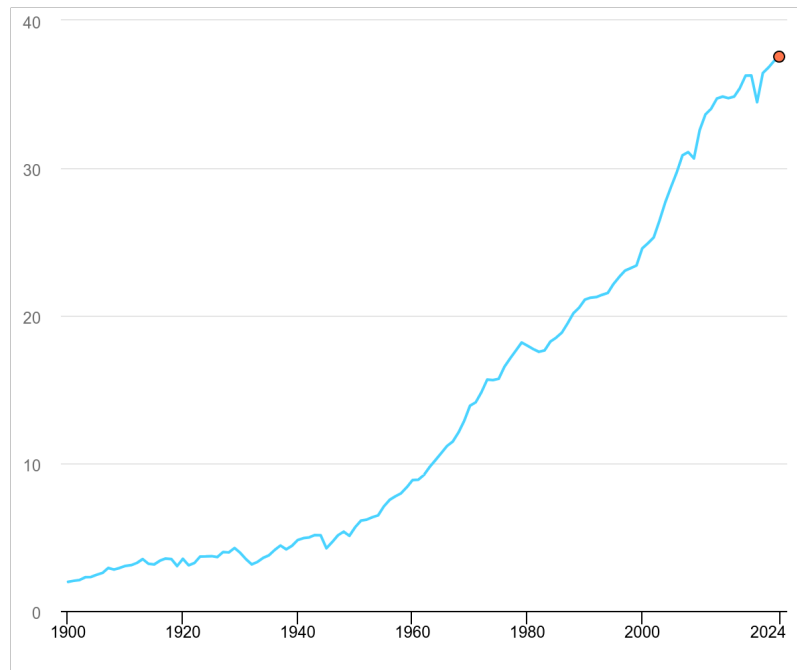
Pese a la inequívoca evidencia de la correlación entre sociometabolismo urbano-industrial - crecimiento económico - combustibles fósiles - emisiones y crisis climática, mercantilización - militarización, oleadas de despojo y de expansionismo energético, las élites del poder mundial continúan profundizando el mismo rumbo que provocó esta crucial situación crítica de la vida planetaria. Mientras que una parte ha asumido la absurda vía del negacionismo explícito, apostando por intensificar la explotación de los combustibles fósiles, la otra ha optado por el cinismo o el negacionismo implícito inherente a las políticas de la “transición energética”. En ambos casos, se trata de vías temerarias.

El PVE constituye un caso paradigmático del cinismo de la “transición”. Bajo este discurso, lejos de procurar efectivamente reducir las emisiones y adecuar los niveles de consumo de materia y energía de la economía global a los límites planetarios, lo que se busca es capitalizar la crisis climática como disparador de un nuevo ciclo de acumulación, ahora bajo el impulso de la adición a la matriz energética existente, de nuevas tecnologías de captación de energías solar y eólica. Ante la crisis climática -que es la crisis de la vitalidad de la Tierra-, fosilismo y “transicionismo” emergen como dos estrategias geopolíticas y económicas de los mismos actores del poder mundial que están pugnando por sostener y/o acrecentar la base material de sus posiciones de privilegio.

La trayectoria histórico-geográfica del capital revela que el colonialismo es un fenómeno eminentemente energético. La energía que abastece la vida terrestre, la que, en principio no tiene dueños, es privatizada y expropiada del ámbito de la reproducción social de la vida, es abstraída de los requerimientos vitales, para ser desviada y puesta al servicio de la fabricación de condiciones de privilegio de unos pocos. En el origen de este ruinoso proceso, lo que tenemos es un acto pérfido de colonización de la energía: su conversión y transformación -por medio de una operación semiótico-política de conquista-, de fuente de vida y proceso vital, en un mero “recurso estratégico”; un medio de dominación imperial.

Retomando los niveles del negacionismo planteados por Riechmann (2020) se podría decir que los negacionismos del Capitaloceno son aquellos que siguen creyendo, concibiendo y tratando la energía como un recurso estratégico para el funcionamiento de la maquinaria industrial-militar. Esa mirada, que se dice “realista”, ve la energía sólo desde la óptica de la competitividad y la supremacía geopolítica. Niega la realidad de la energía en cuanto flujo vital insondable, fenómeno terráqueo autopoiético que anima toda la fisiología de la Tierra; fuerza vital cuya circulación y transformación a través de la materia de todas las entidades -minerales, bacterianas, fúngicas, vegetales, animales- hace posible y da sustento a toda la biodiversidad del planeta (Vernadsky, 1926; Margulis, 1998).

Figura 1. Emisiones de CO₂ globales de la combustión energética y los procesos industriales y su evolución de 1900 a 2023



Fuente: <https://www.iea.org/data-and-statistics/charts/global-co2-emissions-from-energy-combustion-and-industrial-processes-and-their-annual-change-1900-2023>.

6. Referencias bibliográficas

- Almazán, A. y Riechmann, J. (2023). “Desafíos poliéticos de las transiciones energéticas”. *Arbor Ciencia Pensamiento y Cultura*, v. 199, 807.
- Altvater, Elmar (2014). “El Capital y el Capitaloceno”. *Mundo Siglo XXI*, Revista del CIECAS-IPN, N° 33, Vol. IX, 5-15.
- Azamar Alonso, Aleida (2022). “El mito de la transición energética y la importancia del litio”. En Azamar Alonso (Coord.), *Litio en América Latina. Demanda global contra daño socioambiental* (pp. 25-50). México: Universidad Autónoma Metropolitana – Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales.
- Brand, Ulrich y Markus Wissen (2021). *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Bringel, Breno y Maristella Svampa (2023). “Del ‘Consenso de los Commodities’ al ‘Consenso de la Descarbonización’”. *Nueva Sociedad* N° 306, pp. 51-70.
- Carpintero, Óscar, (2002). “El papel del comercio internacional y el mito de la desmaterialización económica”. En: Riechmann, Jorge y Nieto, Joaquín (eds.), *Ecología y globalización*. Valencia: Germania.
- Carpintero, Óscar y Nieto, Jorge (2021). “Transición energética y escenarios postcrecimiento”. *Papeles*, (156), 93-106.
- Casal Lodeiro, Manuel (2023). “La falacia de las renovables y el cambio climático”. En *Contexto y Acción*: <https://ctxt.es/es/20230201/Firmas/42197/Manuel-Casal-Lodeiro-energia-renovable-cambio-climatico-medioambiente-combustibles-fosiles.htm>
- Casal Lodeiro, Manuel (2024). *Las verdades incómodas de la transición energética*. Barcelona: Icaria.
- Comisión Europea (2020). *Un Pacto Verde Europeo*. En: https://commission.europa.eu/strategy-and-policy/priorities-2019-2024/european-green-deal_es
- Commoner, Barry (1977). *La escasez de energía*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Crosby, Alfred (1972). *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. Westport: Greenwood Press.
- Crutzen, Paul (2002). Geology of mankind. *Nature*, 415(3), 23.
- Crutzen, Paul y Stoermer, Eugene (2000). “The Anthropocene”. *IGPB Global Change News*, 41, 17-18.
- Daly, Herman (1996) *Beyond growth: the economics of sustainable development*. Boston: Beacon Press.
- De Castro, Carlos (2023). “Límites y potenciales tecnosostenibles de la energía: una mirada heterodoxa y sistémica”. *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Vol. 199, 807.
- Dietz, Kristina (2023). ¿Transición energética en Europa, extractivismo verde en América Latina?. *Nueva Sociedad*, (306), 108-120.
- Dorning, Christian (2023). “Continuidades e intensificación de la apropiación imperial en la economía global”. En: Lang, M. Bringel, B. y Manahan, M. (2023). *Más allá del colonialismo verde. Justicia global y geopolítica de las transiciones ecosociales*. Buenos Aires: Clacso.
- Eurostat (Marzo de 2022). “Greenhouse gas emission statistics-carbon footprints.” https://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php?title=Greenhouse_gas_emission_statistics_-_carbon_footprints

- Feffer, John y Edgardo Lander (2023). “¿Pueden los grandes contaminadores salvar el planeta? Perspectivas sobre Estados Unidos, la Unión Europea y China”. En: Miriam Lang, Breno Bringel y Mary Ann Manahan, *Más allá del colonialismo verde : justicia global y geopolítica de las transiciones ecosociales*. Buenos Aires: Clacso.
- Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis (2021). *En la espiral de la energía. Historia de la humanidad desde el papel de la energía (pero no solo)*. Volumen I. Buenos Aires: Marat.
- Fernández Durán, Ramón y González Reyes, Luis (2021). *En la espiral de la energía. Colapso del capitalismo global y civilizatorio*. Volumen II. Buenos Aires: Marat.
- Fisher, Mark. (2016). *Realismo capitalista ¿No hay alternativa?*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Fraser, Nancy (2021). “Climates of Capital”. *New Left Review* 127, 101-117.
- Fressoz, J.-B. (2015). “Losing the Earth Knowingly”. – In: Hamilton, C., C. Bonneuil and F. Gemenne (eds.): *The Anthropocene and the Global Environmental Crisis*. – London: Routledge. 70-84
- Fressoz, Jean-Baptiste (2024). *More and More and More: An All-Consuming History of Energy*. London: Allen Lane.
- Fressoz, Jean-Baptiste (2024a). “El mito de la transición energética”. Publicado en: <https://www.sinpermiso.info/textos/el-mito-de-la-transicion-energetica-entrevista-a-jean-baptiste-fressoz>
- Galeano, Eduardo (1971). *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Georgescu-Roegen, Nicholas (1971). *The entropy law and the economic process*. Cambridge: Harvard University Press.
- Georgescu-Roegen, Nicholas (1975). Energy and economic myths. *Southern Economic Journal*, 41, 347-381.
- Gligo, Nicolo y Morello, Jorge (1980). “Notas sobre la historia ecológica de América Latina”. *Revista Estudios Internacionales*, 13(49), Santiago de Chile, pp. 112-148.
- Haag, Steffen, Johanna Tunn, Tobias Kalt, Franziska Müller y Jenny Simon (2025). “¿Quién lucra con la fiebre de la energía verde? La reducción del riesgo y las relaciones de poder en la financiación de la energía renovable de África”. En: *Estado de Poder 2024. Energía, poder y transición*. Buenos Aires: CLACSO.
- Haberl, Helmunt, Dominik Wiedenhofer, Doris Virág, Gerald Kalt, et al., (2020). “A Systematic Review of the Evidence on Decoupling of GDP, Resource Use and GHG Emissions, Part II: Synthesizing the Insights”, *Environmental Research Letters*.
- Hamouchène, Hamza (2023). “Descolonizar la transición energética en África del Norte”. En: Miriam Lang, Breno Bringel y Mary Ann Manahan, *Más allá del colonialismo verde : justicia global y geopolítica de las transiciones ecosociales*. Buenos Aires: Clacso.
- Haraway, Donna (2015). “Anthropocene, Capitalocene, Plantationocene, Chthulucene: Making kin”. *Environmental Humanities*, 6, 159-165.
- Hernández Zubizarreta y Pedro Ramírez (2024). “La Unión Europea y el capitalismo verde militar”. Disponible en: <https://vientosur.info/la-union-europea-y-el-capitalismo-verde-militar/>
- Hickel, Jason y Kallis, Giorgos (2020). “Is Green Growth Possible?”. *New Political Economy* 25 (4), pp. 469-486.
- Jason Hickel, Christian Dorninger, Hanspeter Wieland, Intan Suwandi (2022). “Imperialist appropriation in the world economy: Drain from the global South through unequal exchange, 1990–2015”. *Global Environmental Change*. Volume 73, March 2022, 102467 <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S095937802200005X>
- Hornborg, Alf (2001). *The power of the machine: Global inequalities of economy, technology and environment*. Walnut Creek: Altamira Press.
- Hornborg, A. (1992) “Machine fetishism, value and the image of unlimited good: Towards a thermodynamics of imperialism”. *Man* 27, 1-18.
- IEA (2021) *The Role of Critical Minerals in Clean Energy Transitions*. París: IEA.
- IEA (2025). *World Energy Outlook 2025*. En: <https://www.iea.org/reports/world-energy-outlook-2025>
- Infante Amate, Juan (2014). “La desmaterialización de la economía mundial a debate.
- Latour, Bruno (2017). *Cara a cara con el planeta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lumet, Sébastien (2023). Las dos geopolíticas de la energía. Entrevista a Helen Thompson. *Nueva Sociedad*, (306), 25-37.
- Machado Aráoz, Horacio (2015). Ecología política de los regímenes extractivistas. De reconfiguraciones imperiales y re-existencias decoloniales en Nuestra América. *Bajo el Volcán*, 15(23), 11-51.
- Machado Aráoz, Horacio (2016). “Marx, (los) marxismo(s) y la ecología. Notas para un alegato ecosocialista”. *Revista GEOgraphia*, Vol. 17, N° 34. Universidade Federal Fluminense. 2015. Pp. 09-38.
- Machado Aráoz, Horacio (2022). “America(n)-Nature, Capitalocene and challenges for the human species. Perspectives from a Political Ecology of the South”. *Die Erde*, 153(3).
- Machado Aráoz, Horacio (2023). “Extractivism: from the roots and scope of a concept, to the political horizons of its struggles”. En López, P. y Anthias, P. (eds.), *Neoextractivism and territorial disputes in Latin America: socio-ecological conflict and resistance on the front line*. Londres: Routledge.
- Machado Aráoz, Horacio (2026). “The Conquistal Mineralocene: Potosí, the Earth Eaters, and the World’s Machination”. In Olaf Kaltmeier, Luisa Raquel Ellermeier, Omar Sierra Chaves, Ann-Kathrin Volmer and Eric Rummelhoff (Edits.), *Contesting the Anthropocene. Latin American Perspectives beyond Coloniality and Capitalism*. London: Routledge.
- Machado Aráoz, H., Rossi, Leonardo, Martínez Vega, Aimée y Parodi, Camila (2025). “Ecología Política del litio: Los salares altoandinos en la vorágine de las energías extremas del Capitaloceno. El caso del Bolsón

- de Fiambalá (Argentina). En: Pablo Vommaro y Gloria Amézquita (Edits.) *Conflictos socioambientales y transiciones justas en el Siglo XXI*. Buenos Aires: CLACSO.
- Malm, Andreas (2016). *Fossil Capital: The Rise of Steam Power and the Roots of Global Warming*.: New York: Verso Books.
- Margulis, Lynn (1998). *Symbiotic Planet, a new view of evolution*. New York: Sciencewriters Amherst.
- Marques, Luiz (2023). *O decenio decisivo*. São Paulo: Elefante.
- Martínez Alier, Joan (2002). *El ecologismo de los pobres*. Barcelona: Icaria.
- Marx, Karl [1867] (1977). *El capital. Tomo I*. México: Siglo XXI.
- Meiksins Wood, Ellen (2000). *Capitalismo contra democracia*. México: Siglo XXI.
- Moore, Jason (2013). El auge de la ecología-mundo capitalista. Las fronteras mercantiles en el auge y la decadencia de la apropiación máxima. *Laberinto*, (38), 9-23.
- Moore, Jason (2016). *Anthropocene or Capitalocene? Nature, history, and the crisis of capitalism*. Oakland: PM Press.
- Moore, Jason (2021). “Del gran abaratamiento a la gran implosión. Clase, clima y la Gran Frontera”. *Relaciones Internacionales* N° 47, pp. 11-52.
- Moreno, Camila, Daniel Speich Chassé y Lili Fuhr (2013) *La métrica del carbono: el CO2 como medida de todas las cosas? El poder de los números en la política ambiental global*. Ciudad de México: Fundación Heinrich Böll.
- Naredo, José Manuel (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Madrid: Siglo XXI.
- Nieto, Jaime; Carpintero, Óscar; Miguel, Luis J. y de Blas, Ignacio (2020). “Macroeconomic modelling under energy constraints: Global low carbon transition scenarios”. *Energy Policy*, 137(111090).
- ONU (2021). *NDC Synthesis Report*. Disponible en: <https://unfccc.int/process-and-meetings/the-paris-agreement/nationally-determined-contributions-ndcs/nationally-determined-contributions-ndcs/ndc-synthesis-report#eq-5>
- Pérez, Alfons (2021). *Pactos verdes en tiempos de pandemia*. Barcelona: ODG
- Pérez, Alfons (2024). “¿Quién lidera la “revolución industrial verde”? Un análisis crítico de cinco años del Pacto Verde Europeo”. *VientoSur* n° 193. Disponible en: <https://vientosur.info/quien-lidera-la-revolucion-industrial-verde-un-analisis-critico-de-cinco-anos-del-pacto-verde-europeo/>
- Pérez, Alfons, Bruna Cañada, Marta Pérez y Josep Nualart (2023). *LA MINA, LA FÁBRICA Y LA TIENDA. Dinámicas globales de la “transición verde” y sus consecuencias en el “triángulo del litio*”. Barcelona: ODG.
- Pobodnik, Boris (2006). *Global energy shifts: foresting sustainability in a turbulent age*. Filadelfia: Temple University Press.
- Polanyi, Karl [1944] (2007). *La Gran Transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Quijano, Aníbal (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. In E. Lander (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. – Buenos Aires: CLACSO.
- Riechmann, Jorge (2020). “La crisis del coronavirus y nuestros tres niveles de negacionismo”. En: <https://theconversation.com/la-crisis-del-coronavirus-y-nuestros-tres-niveles-de-negacionismo-134749>
- Riechmann, Jorge (2023). “Sobre transiciones energéticas y transiciones ecológicas”. En: <https://vientosur.info/sobre-transiciones-energeticas-y-transiciones-ecologicas/#sdfootnote42sym>
- Ripple, William J. Christopher Wolf , Jillian W. Gregg, Johan Rockström, Thomas M. Newsome, Beverly E. Law, Luiz Marques, Timothy M. Lenton, Chi Xu, Saleemul Huq, Leon Simons and Sir David Anthony King (2023). “The 2023 state of the climate report: Entering uncharted territory”. *BioScience*, 73, 841–850.
- Rockström, J., W. Steffen, K. Noone, A. Person, F. Chapin, E. Lambin, T. Lenton, M. Scheffer, C. Folke, H. Schellnhuber, B. Nykvist, T. Hughes, S. van der Leeuw, H. Rodhe, S. Sörlin, P. Snyder, R. Costanza, U. Svedin, M. Falkenmark, L. Karlberg, R. Corell, V. Fabry, J. Hansen, B. Walker, D. Liverman, K. Richardson, P. Crutzen, J. Foley (2009). “Planetary boundaries: Exploring the safe operating space for humanity”. *Ecology and Society*, 14 (2), 2-32.
- Schellnhuber, H. (1999). “‘Earth System’ Analysis and the Second Copernican Revolution”. *Nature*, v. 402, p C19-C23.
- Seibert, Megan. K. y Rees, William E. (2021). “Through the Eye of a Needle: An Eco-Heterodox Perspective on the Renewable Energy Transition”. *Energies*, 14, no. 15: 4508.
- Sloterdijk, P. (2015). “The Anthropocene: A Process-State at the Edge of Geohistory?” – In: Davis, H. and E. Turpin (eds.): *Art in the anthropocene. Encounters among aesthetics, politics, environments and epistemologies*. – Critical Climate Change. – London: 327-340
- Steffen, W., J. Grinevald, P. Crutzen & J.R. McNeill (2011). “The Anthropocene: conceptual and historical perspectives”. *Philosophical Transactions of the Royal Society A: Mathematical, Physical and Engineering Sciences*, 369 (1938), 842-867.
- Thieges, Sonja (2023). “La eliminación global de la energía fósil. Un punto ciego en la política exterior climática”. *Nueva Sociedad* N° 306, pp. 71-85.
- Thompson, Helen (2022). *Disorder: Hard Times in the 21st Century*. Oxford University Press.
- Turiel, Antonio (2020). *Petrocalipsis: Crisis energética global y cómo (no) la vamos a solucionar*. Barcelona: Alfabeto.
- Unión Europea (2024). *Reglamento (UE) 2024/1252. Un suministro seguro y sostenible de materias primas fundamentales*. En: <https://eur-lex.europa.eu/ES/legal-content/summary/a-secure-and-sustainable-supply-of-critical-raw-materials.html>

- Urbán, Miguel y Pastor, Jaime (2024). "Hacia un despotismo oligárquico, tecnocrático y militarista". *VientoSur* n° 193. Disponible em: <https://vientosur.info/hacia-un-despotismo-oligarquico-tecnocratico-y-militarista/>
- Valero, Alicia, Antonio Valero y Giomar Calvo (2021). *Thanatia. Límites materiales de la transición energética*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Vernadsky, Vladimir [1926] (2019). *Biosfera*. Río de Janeiro: Dantes Ed. Vivien.
- Wallerstein, Immanuel (1974). *The modern world-system I*. Nueva York: Academic Press.
- Welsby, Daniel, James Price, Steve Pye, Paul Ekins (2021). "Unextractable fossil fuels un a 1.5°C world". *Nature* 597, pp. 230-234.
- Wolf, Eric (1987). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.